

CLAVES DEL PROCESO POLÍTICO CHILENO

APRECIACIÓN SISTÉMICA DE LAS ELECCIONES GENERALES DE 1993

Francisco Javier Cuadra

En estas páginas se sostiene que los resultados de las elecciones presidencial y parlamentaria de diciembre de 1993 traslucen un decantamiento de las más importantes corrientes políticas del país y, a su vez, un giro en las características cíclicas y estructurales de las correlaciones de fuerzas de los principales bloques y, sobre todo, entre los partidos que los conforman.

Desde una perspectiva sistémica y de proceso, el autor examina y subraya la incidencia que en tales resultados tuvieron la reconstrucción del sistema de partidos políticos entre 1985 y 1989, su progresiva reestructuración entre los años 1990 y 1993, la influencia del sistema presidencial y electoral binominal de la Constitución de 1980, el cambio generacional y de liderazgos observados y, por último, los cambios en la mentalidad política de la opinión pública y del país.

En el futuro próximo, concluye el análisis, los partidos y coaliciones deberán realizar, posiblemente, complejas y cuidadosas maniobras políticas. Asimismo, se prevé un nuevo orden de relaciones en las coaliciones y la mantención de dinámicos ajustes ideológicos,

FRANCISCO JAVIER CUADRA. Abogado. Profesor de teoría política en las universidades Gabriela Mistral y Fines Terrae. Ex Ministro Secretario General de Gobierno y ex Embajador de Chile ante la Santa Sede. Actualmente se desempeña como analista político y director de F. J. Cuadra y Asociados.

programáticos y orgánicos al interior de ellos. En lo que respecta a una reformulación del régimen político y del sistema electoral vigentes —que se debate en amplios círculos—, se señala que ello se podrá analizar, con perspectiva de largo plazo, a partir de la evolución que estos presenten, pues una resolución en tal sentido requiere una atenta definición de su oportunidad y tiempos de ejecución.

Las elecciones parlamentarias y presidenciales constituyen un punto de inflexión en todo proceso político. Cierran y abren, simultáneamente, escenarios diversos, cuyas claves de continuidad y cambio se aprecian en los tiempos inmediatos y posteriores al acto electoral mismo.

En el caso de Chile, las elecciones generales de diciembre 1993 cristalizaron un período político condicionado por la transición 1990-1994 y, asimismo, una lenta, compleja y progresivamente intensa reconstrucción del tejido político del país. Tal dinámica involucra a las fuerzas políticas —liderazgos, partidos y coaliciones— y, al mismo tiempo, al funcionamiento de las instituciones del Estado y los cambios observables en las tendencias de la opinión pública y de la sociedad civil en general.

Es interesante, en consecuencia, apreciar los resultados generales de las elecciones de diciembre 1993 desde la perspectiva de las características del ciclo político reciente y evaluar, enseguida, cómo influyen en el escenario futuro.

El proceso electoral de 1993, en comparación con las elecciones presidencial y parlamentaria de 1989 y las municipales de 1992, se desarrolla en un contexto de consolidación general de las principales tendencias políticas del país y, asimismo, de una expresión más nítida de la fuerza de cada corriente del espectro político. Se debe apreciar que se trata de una elección más política que las municipales de junio 1992 y, al mismo tiempo, con menores factores de distorsión en las tendencias electorales de largo plazo que las observadas en 1989. Entonces influía fuertemente la reciente aparición de los partidos políticos, un cuadro de alianzas que todavía respondía a la dicotomía “Sí-No” del plebiscito presidencial de octubre de 1988 y, con ello, pactos parlamentarios que hacían imposible precisar la fuerza electoral real de cada partido. Si bien para esta elección las negociaciones que estimula el sistema binominal dentro de cada bloque obligaron nuevamente a los partidos a decidir omisiones en varios distritos, la característica general del cuadro de postulaciones fue de un mayor equilibrio y cobertura nacional de cada partido. Ello permite considerar los resultados de todos ellos como un buen índice inicial de su fuerza electoral

efectiva. Este es, sin duda, un dato clave al momento de las evaluaciones de proyecciones futuras.

El escenario presidencial, asimismo, representa —en lo grueso— las principales corrientes del país. Su cruce con los resultados parlamentarios destaca variables de interés sistémico y analítico.

La votación del Presidente Frei Ruiz-Tagle es, sin duda, la de efectos políticos inmediatos más relevantes. Haciendo la precisión histórica de que no es el índice electoral más alto alcanzado por un Jefe del Estado, obtener un 58% de la votación en una contienda con otros cinco postulantes refleja una sólida posición política inicial. Desde el punto de vista estricto de las cifras, a su vez, destaca en su resultado la ventaja que logra sobre la votación parlamentaria de la Concertación. Sus votos y porcentajes son mayores, asimismo, a los alcanzados por el ex Presidente Aylwin en 1989. No se debe olvidar, a este respecto, que Aylwin recibió entonces el apoyo del Partido Comunista (PC) y, en general, de buena parte de quienes en esta ocasión votaron por los candidatos presidenciales de la izquierda extra Concertación. El campo de crecimiento propio de Frei, en consecuencia, fue principalmente entre los sectores de centro-derecha. Este es un hecho político de profundas connotaciones.

La apreciación política consiguiente de este cuadro es que el Presidente Frei deberá conciliar simultáneamente influencia y compromiso político con un alto porcentaje de ciudadanos de centro, centro-izquierda, izquierda y centro-derecha. Esta confluencia generará necesidades de fino tacto político al nuevo equipo gubernamental durante el próximo bienio, cuyas mediciones electorales municipales —en 1996— y parlamentarias —en 1997— indicarán tanto la volatilidad del 58% como el escenario general que condicionará las elecciones presidenciales de 1999.

Frei deberá conjugar en su gestión, asimismo, un nuevo cuadro de fuerzas al interior de la Concertación. Mientras la Democracia Cristiana (DC) tiene un leve descenso en su porcentaje electoral desde el 28,97 al 27,16% y baja su representación parlamentaria de 40 a 37 diputados, manteniendo 13 senadores, el bloque Partido Socialista-Partido por la Democracia-Partido Democrático de Izquierda (PS-PPD-PDI) tiene un alza considerable en su votación —del 17,6% al 24,32%— y aumenta significativamente, también, su presencia en el Congreso, de 24 a 31 diputados y de 5 a 7 senadores. En buena medida ese crecimiento se debe a una seria derrota electoral del Partido Radical (PR), que no fue capaz de repetir las votaciones de 1989 y 1992, decaimiento que debería profundizarse a futuro en proporción a la capacidad del bloque PS-PPD y en especial del PPD para canalizar electoralmente la cultura laica de centro-izquierda. Es

necesario considerar, a su vez, que una cuidadosa conducción política y comunicacional post electoral de la DC ha evitado una conciencia y un sentido públicos más intensos sobre los alcances de sus dificultades. Esta habilidad, sin embargo, cederá paso a una abierta reorientación estratégica y táctica de la DC.

Al evaluar la votación PS-PPD-PDI no se puede eludir, a su vez, el resultado electoral de la izquierda extra Concertación y en especial el del PC (4,98%). La votación MIDA (Movimiento de Izquierda Democrático Ampliado) prácticamente repite la obtenida en los comicios municipales de 1992: 6,38 y 6,5% respectivamente. Sin embargo, entre los candidatos presidenciales de izquierda se produce un interesante fenómeno. Mientras Reitze, candidato del Partido Humanista Verde (PHV), logra casi similar votación que la lista parlamentaria de su partido (1,17% y 1,04%, respectivamente), el sacerdote Pizarro obtiene menos votación que el MIDA, sólo 4,7%. Esto significa que al menos un 26,5% de la votación de este bloque prefirió la opción presidencial de Max-Neef. Este, a su vez, alcanza un 5,5%, lo que en definitiva permite concluir que hubo un importante “voto cruzado” entre Max-Neef y los candidatos parlamentarios del bloque PS-PPD-PDI, sin perjuicio, además, de un similar voto preferentemente juvenil de centro-derecha que descartó las opciones Alessandri, Piñera y Frei.

En la oposición, en tanto, el primer dato considerable es que el resultado presidencial es menor que el parlamentario. Los candidatos Alessandri y Piñera logran un 30,57% de la votación. Se trata de una baja bastante considerable respecto de las votaciones de los candidatos Büchi y Errázuriz, quienes, en 1989, juntos captaron el 44,8% del electorado, cifra ligeramente superior al resultado del voto “Sí” en el plebiscito presidencial de 1988. Sin embargo, el resultado parlamentario del pacto Unión por el Progreso logra casi conservar —con un rango levemente menor— la votación municipal de 1992 (37,4 y 36,4%, respectivamente).

En este sector se produce, enseguida, una recomposición de la correlación de fuerzas configuradas en 1989 y 1992. En 1989 el Partido Renovación Nacional (RN) emergía como la primera fuerza con un 18,2% frente a un 9,1% del Partido Unión Demócrata Independiente (UDI). En las municipales de 1992 RN vuelve a ser el partido mayoritario con un 17,8%, aun cuando la UDI aumenta su votación a un 11,4% y el Partido Unión de Centro-Centro (UCC) emerge como una fuerza política con espacio propio al lograr el 8,1% de la votación. En 1993 la derecha mantiene —con leve baja— el resultado de 1992, pero con un alza importante de la UDI. Este partido sube su votación al 14,4% y su representación parlamentaria de 14 a 18 diputados y de 2 a 3 senadores. RN, por su parte, logra conservar su

votación con una leve baja que le significa, sin embargo, disminuir de 33 a 31 diputados y de 13 a 11 senadores. La UCC, por último, baja notoriamente su votación desde el 8,1 al 4,55%, lo que no le impide ingresar a la Cámara de Diputados y al Senado.

En todo caso, como en la Concertación, el desarrollo de este proceso se verá influido por el cronograma electoral de los próximos seis años y por la manera en que los partidos del sector enfrenten temas de la agenda cultural —por ejemplo, el divorcio— y política —por ejemplo, las reformas constitucionales y la cuestión militar— además del factor liderazgo. En este aspecto, junto con la maduración de los partidos y de la coalición, serán determinantes personalidades como el diputado Allamand, los senadores Errázuriz, Larraín y Piñera y el alcalde Lavín.

El ciclo político

Es inevitable advertir, enseguida, que el giro descrito en la correlación de fuerzas en el espectro político y, sobre todo, al interior de los bloques obedece a un fenómeno estructural y característico del sistema de partidos.

No deja de sorprender, en primer término, la estabilidad observada en las grandes tendencias electorales del país. Aun cuando las corrientes de pensamiento de las principales fuerzas han variado sustancialmente respecto de las que predominaban en el período previo al quiebre institucional de 1973 y, más todavía, la composición de alianzas políticas ha cambiado radicalmente, es notable la consolidación de los tradicionales tres tercios de la política nacional. En la historia política del país, asimismo, es recurrente —como ya lo han advertido ciertos autores— la dinámica de procesos con períodos de equilibrio y hegemonías, de polarización y consensos y, por tanto, de las consiguientes tendencias centrípetas o centrífugas entre los partidos políticos.

El “Centro” como eje

Se debe recordar que desde los años 1987 y 1988 se consolida en el escenario político una fuerte tendencia hacia el centro. Los primeros indicios viables de moderación se percibieron ya en 1985, tanto en el Gobierno como en la oposición de entonces. Simbolizan esta tendencia, con matices sustanciales y formales que la enriquecen, el cronograma de estudio y aprobación de las principales leyes complementarias de la Carta Fundamental (mayo 1985) y el Acuerdo Nacional para la Transición a la Demo-

cracia Plena (agosto 1985). Luego, junto al inicio de la recomposición y normalización formal de actividades de las fuerzas políticas y a la consolidación definitiva del proceso institucional previsto en la Constitución de 1980, tienden a alcanzar preeminencia el diseño de aquellos partidos que favorecían el consenso y, en la oposición al gobierno militar, los que proponían una estrategia de inserción en los procesos electorales que se acercaban. Este era un giro de bastante importancia respecto de las tensiones del período 1983-1984, que con niveles y grados distintos perduran hasta 1986, caracterizadas por una fuerte polarización y un agudo enfrentamiento políticos. Así se fortalece el liderazgo de la Democracia Cristiana y de los sectores renovados del socialismo que separaron más claramente sus posiciones de la línea política de “rebelión popular” promovida desde el PC. Este partido, sin embargo, mantuvo su diseño, iniciando, poco a poco, una etapa de creciente aislamiento en el espectro. En la centro-derecha, en tanto, emergió con fuerza RN, corriente unitaria en la que confluyen los partidos Unión Nacional, Frente Nacional del Trabajo y Unión Demócrata Independiente, respectivamente lideradas por el actual presidente de RN, el diputado Allamand; el senador Jarpa y el asesinado senador Guzmán, respectivamente. Tras la crisis interna que concluye con la formación de la UDI como partido independiente, en el sector será RN el que asumirá un perfil de centro-derecha y una mayor iniciativa política, que incluso le permitirá desempeñar un rol significativo en las negociaciones para las reformas constitucionales aprobadas en el plebiscito de julio de 1989.

Los resultados parlamentarios de 1989 otorgaron a la DC y a RN, en consecuencia, posiciones ejes en el espectro político y las transformaron en las primeras fuerzas electorales y parlamentarias de cada bloque. Son, así, los partidos más favorecidos por el régimen presidencial y el sistema electoral binominal.

Este rasgo del proceso fue clave en la configuración del escenario 1993 y, al mismo tiempo, en el comportamiento de los otros partidos de cada bloque. Es inevitable observar la fuerza centrípeta del sistema político y cómo su racionalidad —en la que los partidos mayoritarios hacen valer su rol hegemónico— impone una tendencia hacia los acuerdos y concesiones. La lógica del sistema obliga, de ese modo, a configurar bloques parlamentarios y opciones presidenciales que las representen y potencien como alternativas viables ante la ciudadanía. Para la Concertación y la Unión por el Progreso —como coaliciones principales— resultaba evidente que las estrategias independientes de los partidos podían sacrificar su propia existencia y futuro políticos. Las difíciles y prolongadas negociaciones denotan una compleja articulación de intereses, pero la materialización definitiva de

los acuerdos políticos electorales demuestra hasta ahora, en general, una evidente institucionalización del sistema electoral binominal. La Constitución de 1980 alcanza, en tal sentido, mayor aplicación y se internaliza en el proceso político reciente. Se explica, en esta lógica, la febril actividad partidista que precede a las inscripciones de candidaturas parlamentarias de julio de 1993. Más allá de las críticas sobre la aparente inutilidad y superficialidad de sus negociaciones, la ventaja final de este sistema es que crea bloques políticos bastante estables para respaldar el trabajo ejecutivo-legislativo, lo que da efectividad y fluidez al sistema político. No hay que olvidar que, dada la crisis institucional de 1973, la gobernabilidad es un valor central de la Constitución de 1980.

Esta tendencia general, sin embargo, no es única, lineal ni excluyente. La preeminencia DC y RN en el escenario de la transición mantiene plena vigencia en el bienio 1990-1991. Sin embargo, en el contexto de las elecciones municipales de 1992 surgen los primeros rasgos de cierta tendencia al equilibrio de los polos en el espectro político.

Se debe apreciar, en primer lugar, que los resultados municipales favorecían una legitimación —como fuerzas políticas que representan una alternativa en el sistema— a la UDI y al PC, percibidos por la opinión pública como referencias límites del sistema de partidos vigente. Ello abre, naturalmente, el abanico de opciones políticas. En ese contexto, asimismo, se presentaron con una fuerza electoral de cierta relevancia la UCC y el PR, ampliando más todavía el arco de partidos con presencia pública de importancia.

Los resultados municipales, en segundo lugar, disminuyen la brecha electoral entre la DC y el PS-PPD-PDI en la Concertación y entre RN y UDI en la centro-derecha. Ello estimula, por último, el proceso de competencia en vistas a las elecciones presidencial y parlamentaria de diciembre 1993 y acelera las definiciones de cada partido en torno a ello.

Las características de la contienda Frei-Lagos al interior de la Concertación, por un lado, y el giro táctico de la UDI al pactar con la UCC una línea de acuerdos para enfrentar las negociaciones parlamentaria y luego presidencial con RN, por otro, son los primeros síntomas más sólidos de una nueva relación de fuerzas en ambos bloques que, por momentos, no alcanzan a ser plenamente percibidos por la DC y RN. Los efectos públicos de la etapa de negociaciones son, de este modo, sólo un rasgo de influencia en los resultados y éstos tienen más bien explicación en este suave y a veces imperceptible cambio.

Se deben observar, entonces, los otros aspectos de fondo del proceso y no sólo los electorales.

Reestructuración del espectro político

Todos los bloques político partidistas experimentan una rearticulación de sus fuerzas electorales.

En la centro-derecha, poco a poco, se van identificando con mayor nitidez los perfiles estratégicos y tácticos de RN y de UDI. Al mismo tiempo, la organización de una fuerza electoral propia por parte del ex candidato presidencial Errázuriz cambia y complica, como fue señalado, el cuadro previo de negociaciones en el sector. De este modo, más que una profunda reestructuración de los partidos políticos del sector o signos de quiebre ideológicos de alguna profundidad, lo que se produce es más bien una paulatina disminución de la hegemonía de RN y una transferencia de iniciativa política a UDI y UCC. La capacidad de maniobra táctica probada por la UDI en los últimos años es un factor que aconseja una constante observación en el próximo cuatrienio.

En el espacio del centro, a su vez, la DC conservaba una posición privilegiada. El sorpresivo resultado electoral del PR en 1992 —casi 5%— no aparece en competencia con la DC, sino más bien en disputa con los partidos de izquierda de la Concertación. La plenitud de la hegemonía DC logró imponer un escenario presidencial y una negociación parlamentaria más favorable que en 1989. Por tanto, la baja electoral relativa de la DC en esta última elección no tiene relación tanto con su posición expectante en las instituciones del Estado o con la representación política de variados sectores de opinión pública, como en sus propios problemas orgánicos, de liderazgos internos y de cierta autocomplacencia y, por último, excesiva autorreferencia.

En la izquierda, sin embargo, se observó una evolución más compleja, promovida —en primer término— por la crisis del “socialismo real” y el revés de varios partidos socialdemócratas en países de Europa occidental. Mientras, en el año 1990 el PC enfrentó una profunda conmoción interna que concluye con la salida de importantes líderes y sectores intelectuales que formaron el PDI o, incluso, se integraron al PS o al PPD. Entre los partidos de izquierda que formaban parte de la Concertación se verá un dinámico proceso de fusiones, cuyo rasgo principal es la consolidación del PS y del PPD como los principales partidos del sector. En los años 1990-1991 logran integrar en ellos al grueso de los líderes —y de su apoyo electoral— de los partidos Izquierda Cristiana, MAPU, Partido Radical, Partido Social Demócrata y, en menor medida, del Partido Comunista. En la reestructuración de la izquierda es notable la gran dispersión de partidos, movimientos y fracciones, fenómeno que —además de la tradicional ten-

dencia dispersiva del sector— denota los profundos efectos de la crisis ideológica, política y orgánica de la izquierda en los últimos años. Asimismo, expresa un alto grado de ideologización y sobrepolitización en el tratamiento de sus relaciones políticas y en sus definiciones de futuro que todavía perdura.

Cambio generacional y modernización

En todo el sistema político se aprecia, asimismo, un auténtico cambio generacional y variados esfuerzos —deliberados, fortuitos o forzados— por modernizar los partidos políticos.

La transición ha puesto en escena un paulatino cambio de liderazgos al interior de los partidos políticos, por momentos más lento de lo esperable, conforme a la normal resistencia al alejamiento del poder de algunos líderes y a la disputa de concepciones y estrategias políticas. En adelante, visto en perspectiva, no es previsible que tales disputas se disipen plenamente en el corto y aun en el mediano plazos. El punto no se reduce sólo a una instalación de “jóvenes” políticos en reemplazo de “viejos” políticos. Hacia el fondo de la cuestión generacional subsiste una auténtica renovación de mentalidad y de pensamiento políticos que expresan las profundas transformaciones culturales, políticas y económicas de nuestra sociedad en las últimas décadas.

Es sintomático, asimismo, que todos los partidos hayan iniciado — con mayor o menor profundidad— importantes modificaciones en sus estructuras y formas de funcionamiento. El nudo central de este cambio está en que se tiende a asumir la crisis de los tipos de organización social, de empresa y del Estado que se caracterizaban por la rigidez, la centralización de funciones, jerarquías preestablecidas y liderazgos unipersonales y autoritarios. Tal esquema tenderá cada vez más a ser reemplazado por las nuevas tendencias a la flexibilidad de las instituciones, la descentralización, horizontalidad y trabajo en equipo. Si bien el carácter y las formas de organización de las fuerzas políticas pueden alcanzar una multiplicidad de estructuras que resulten eficaces, de acuerdo a su propia política y estrategia y al estado y características del proceso político que enfrente, es indispensable recordar que las tendencias antes descritas son plenamente coherentes, en una apreciación sistémica, con la consolidación de un proceso democrático pluralista y de una economía de mercado abierta como la que está en curso en el país. Asimismo, las características del proceso de transición —en plena recomposición del tejido democrático y de la cultura cívica y del evidente retraso observable en la modernización del Estado—

son las que permiten explicar las dificultades que han encontrado estos intentos de modernización de los partidos y de la política cotidiana en Chile. Sin embargo, hay interesantes experiencias de esta naturaleza que han tenido un efecto ineludible en la opinión pública. Esta tiende a evaluar más positivamente, como es lógico en el contexto descrito, la eficiencia en la función pública y a situar en este fundamento el prestigio de los líderes y de los partidos.

Evolución de la opinión pública

En esta parte del período de transición, por último, es perceptible un interesante cambio en la opinión pública y, en especial, en el ciudadano-elector.

El país sigue siendo altamente politizado. El Estado y su política tienen un importante espacio público y el voto es legalmente obligatorio para quienes estén inscritos en los registros electorales. Al comparar los rangos de abstención de nuestro país con los de otras democracias consolidadas se aprecia que es, en general, bastante baja y no adjudicable del todo a la exigencia legal. Ello no obsta, sin embargo, a que sea reconocible un menor interés por la política y que haya disminuido la participación popular en ella. No se trata, en todo caso, de un fenómeno atípico ni de niveles alarmantes. Más bien es coherente con la disminución de la preponderancia del Estado en la sociedad, con la mayor moderación de la actividad política y, también, con un ambiente de alta consideración y valoración de los individuos como personas.

La normalización política tiende, en consecuencia, a desarrollar una cultura cívica más compleja. El debate preelectoral acerca del “voto cruzado” debiera concluir más bien en el reconocimiento de la afirmación de un “voto libre” o “voto crítico” ante las opciones electorales presentadas. Ello implica que dentro de los factores de inclinación del voto de las personas se relativizan las motivaciones más propiamente ideológicas o partidistas y, al contrario, se fortalecen aquellas vinculadas a la expresión de temas de más alto interés, a la coherencia entre discurso y realidad y a la calidad y trayectoria del candidato. La decisión electoral se traslada, pues, a personas bastante autónomas de influencias grupales.

Se debe recordar, a este respecto, el impacto electoral del triunfo del ex Presidente Frei Montalva el año 1964 y su efecto en las elecciones parlamentarias de 1965, cuando la DC logró la más alta votación de su historia (42,3%). En esta ocasión, con simultaneidad electoral en las votaciones presidencial y parlamentaria, el nuevo Presidente Frei supera la

votación de su padre en 1964, pero no traspasa linealmente ese caudal electoral a su partido. Al considerar, con razón, que se trata de condiciones políticas muy distintas, una de ellas precisamente tiene que ver con la hipótesis de una mayor madurez política del electorado.

Líneas de evolución futura

Los resultados de las elecciones y las tendencias que operan en ellas, como se ha indicado, configuran un escenario político bastante dinámico para los próximos años. En cada bloque se vivirá un proceso natural de ajuste a las nuevas relaciones, que puede suponer en lo sucesivo nuevas formas y *modus operandi* de las coaliciones y del perfil de los partidos políticos.

Algunos de esos rasgos ya se insinúan y tienen que ver, como fue señalado, con el curso normal de un nuevo ciclo político e institucional.

Desde esa perspectiva no puede dejar de considerarse que así como el régimen político y el sistema electoral estimulan comportamientos de los actores políticos, la acción de éstos tiende, asimismo, a modificar la aplicación de las normas institucionales, a formular nuevas instancias o procedimientos políticos y luego proceder a reformas jurídicas de distinto rango que las cristalicen. Tal es el caso, por ejemplo, de la fórmula de primarias que acogió la Concertación para elegir a su candidato presidencial único. Más allá de las debilidades de concepción y operativas que tuvo su aplicación, es evidente que constituyó un novedoso procedimiento de resolución de conflictos. Tal dinámica en el tiempo, a su vez, irá marcando pautas de modificación y modernización del sistema político y de partidos en general.

De preservarse las tendencias electorales actuales, asimismo, podrán diseñarse las líneas de reformas que se abordarán. Ello impone, al mismo tiempo, un *timing* lento de definiciones al respecto. Si la clase política aspira a realizar un cambio de importancia en el régimen político, y en menor medida en el sistema electoral, debe saber considerar el momento que exprese un decantamiento real de tendencias políticas a largo plazo para construir, así, un sistema con posibilidades reales de perdurar en el tiempo y permitir, de tal forma, una sana convivencia política y la gobernabilidad del país, claves para su desarrollo económico, social y cultural.

La apreciación cuidadosa de las etapas maduras de cambio, como se ha demostrado, es vital para evitar crisis institucionales. Ya a fines de la década de los '60 se observaba en el país un creciente desgaste del sistema

político entonces vigente, y el retraso en su reformulación consensual condujo —entre otras causas— al quiebre institucional de 1973. Asimismo, el proceso político italiano actualmente en curso ofrece un singular “caso laboratorio” respecto del agotamiento de un modelo y las crisis política, económica, social y cultural que su irresolución provoca y cómo dentro de ella, por último, los partidos tradicionales pierden peso e influencia al no comprender ni realizar los cambios que se requerían. El régimen presidencial y el sistema electoral binominal vigentes tendrán todavía un período de aplicación a mediano plazo. Ello no debe significar, sin embargo, restarse a un análisis respecto de nuevas formas democráticas más aconsejables a futuro.

Un punto inevitable de apreciación, en consecuencia, será la línea probable de desarrollo de los bloques y partidos y, asimismo, la evolución de la mentalidad y de la cultura políticas que marcarán las pautas del cambio.

La Concertación

Tras la larga, lenta y complicada convergencia de la izquierda renovada y la DC en la Concertación subsiste una compleja maduración política, cuya primera etapa de consistencia y solidez se ha cumplido durante el Gobierno Aylwin. Como coalición, en consecuencia, mantiene y continuará su evolución. Hay también, por lo tanto, cuestiones sin plena resolución y focos de fragilidad.

Debiera tender a producirse, en el nuevo período, otro sistema de relaciones que respete el equilibrio de las identidades políticas que la conforman. Es natural que, concluida una etapa de características *sui generis* como es la fase 1990-1994 de la transición, cada partido tienda a expresar con mayor nitidez sus posiciones e intereses. Ello exigirá —para mantener la alianza— una cuidadosa articulación de consensos donde no faltarán momentos de tensión y abierta disputa por la orientación de materias importantes de la gestión de gobierno y del trabajo parlamentario.

Ello no permite afirmar, sin embargo, que necesariamente pueda producirse en el corto y mediano plazos un quiebre en la coalición gubernamental. Es imprescindible observar la consistencia institucional de las relaciones entre los partidos y, asimismo, su adecuación eficiente al sistema de mayorías vigente. Tales vinculaciones tienen asuntos de muy lenta y compleja resolución.

La Democracia Cristiana

La Democracia Cristiana vive, tras las elecciones de diciembre de 1993, síntomas de una crisis incipiente, producto de las múltiples exigencias de su posición de fuerza eje en el sistema y, asimismo, por las dificultades propias de todos los partidos respecto de las definiciones de su nuevo perfil político, de liderazgo y, en consecuencia, orgánicos. No puede dejar de considerarse, a este respecto, la crisis de los partidos demócratacristianos que han servido de modelo a la DC chilena. Mientras la DC italiana atraviesa por una seria crisis de legitimidad y debe reemplazar a sus principales líderes y cambiar nombre y simbología, la DC alemana enfrenta una probable derrota electoral luego de conducir el difícil proceso de unificación de su país.

El resultado electoral DC, asimismo, estimula una reformulación política de complejo diseño y aplicación. La votación del Presidente Frei, como ya advertimos, tiene un importante respaldo en el electorado de centro-derecha. Las características de esa votación deben ser interpretadas en la perspectiva de un liderazgo moderado y con perfiles de modernización política y económica atractivos para este segmento de la población. Al mismo tiempo, la irrupción del PS y en especial del PPD en el electorado de centro-izquierda la dejan en una incómoda posición en una parte de ese electorado que tradicionalmente había logrado atraer. Ello permite afirmar que la DC proseguirá un lento pero sostenido proceso de construcción de una forma política tendiente a mejorar su posición en el espacio de la centro-derecha. La sintonía de perfiles que tiende a evidenciar con sus homólogos italianos y alemán corroboran también esta línea política DC. La experiencia del Partido Popular en España es a la vez una referencia significativa. Evidentemente este cuadro genera dificultades estratégicas y tácticas a la centro-derecha que, con su menor experiencia partidista y coalicionista, podría retraerse a su núcleo más duro, fenómeno que a su vez la mantendría alejada del poder político por largo tiempo.

La DC se verá exigida a renovar los liderazgos y a cuidar con atención una política de construcción de consensos desde el Gobierno y en el Congreso. Tiene ante sí, sin embargo, puntos nodales de conflictos políticos, sociales y culturales que resolver simultáneamente. La maniobra DC, en este sentido, es de alta complejidad. Todavía más, si ha perdido la plenitud de la potencia hegemónica que mantuvo entre 1989 y 1993.

La izquierda

En el espacio político de la izquierda seguirá siendo observable un dinámico proceso de ajustes políticos y orgánicos. En la línea gruesa, sin embargo, lo normal será la mantención de una clara diferenciación entre los sectores que integran la Concertación y las fuerzas que rodean —con matices— el mundo comunista.

Se debe recordar que el eje de la unidad entre el PS y el PC se establecía sobre la base de coincidencias bastante sustanciales respecto de las características generales de nuestra sociedad hasta los '70, del modelo de desarrollo que se postulaba y de una apreciación relativamente común sobre la naturaleza y sentido de los conflictos internacionales de la época. Mantenían, a su vez, una tradición de alianzas de décadas, en las que el PC se especializó en articularlas y darles fluidez operativa. En Chile y en el resto del mundo se fue produciendo, sin embargo, un creciente distanciamiento entre las corrientes socialdemócratas y comunista. Éste se sostiene, a su vez, en disímiles interpretaciones sobre la evolución económica, social y cultural del país y del mundo. No debe extrañar, en este sentido, que tanto en países como Francia, España e Italia se hayan producido similares fenómenos de quiebre de la izquierda y, asimismo, casi idénticos procesos de declive electoral de los partidos comunistas, en circunstancias que los partidos socialistas procuraban hegemonizar la izquierda y conquistar los tradicionales electorados de centro. Las señales profundas de ese proceso tienden a repetirse en Chile y asumen, asimismo, características de largo plazo, como en aquellos países.

Esta evolución exigirá al bloque PS-PPD-PDI una cuidadosa definición de estrategia política y resolución de su cuadro interno. Es cada vez más evidente que estas fuerzas conforman un solo espacio político-cultural. Los índices de valoración de temas importantes son altamente similares entre las personas que se autodefinen de izquierda o de centro-izquierda. Tales partidos logran interpelarlos, asimismo, casi por igual. El perfil coherente que tuvo la precandidatura presidencial de Lagos y las características de la campaña electoral y la nueva paridad de porcentajes electorales entre el PS y el PPD permiten estimar que la lógica actual de mantención de dos partidos tan similares deberá ceder a un proceso unitario entre ambas fuerzas, a las que debiera sumarse el PDI. No se tratará, con todo, de una conclusión inminente sino más bien retardada por el cuadro de liderazgos más abierto que los resultados electorales configuraron. Es necesario advertir que sus formas orgánicas y de procedimiento pueden ser bastante innovadoras, aspecto en el que algunas de las actuales experiencias de la izquierda europea pueden influir.

La posibilidad de este proceso contrasta con la mantención de una importante dispersión de fuerzas políticas en el entorno PC. La alianza con el PH-V favorece una mayor amplitud del espacio que representan y su votación tiene características de bastante solidez. Sin embargo, está pendiente un proceso de auténtica renovación en el espacio comunista y, al menos, superar esquemas y criterios que mantiene desde el período autoritario. Ello le resta flexibilidad y disminuye sus posibilidades de incidencia en el escenario y en las otras fuerzas políticas. La cifras electorales prueban cierto estancamiento.

Tales dificultades quedaron en evidencia con la candidatura presidencial de Max-Neef. Es difícil que los sectores que él representa sean asimilables a la alianza PC/PH-V, aunque aparece más difícil todavía que su fuerza electoral pueda constituirse en un nuevo referente político. Tiene las características de un movimiento típicamente antisistémico, de complicada organicidad y de poco probable continuidad. Ello no impide recordar, sin embargo, que el singular tratamiento temático de su campaña tenga efectos en el debate público de los próximos años y estimule la atención a temas sensibles por parte de todo el espectro político, pero en especial por los partidos de izquierda y aun por la DC.

El cuadro descrito en la izquierda anticipa, entonces, la continuidad de su proceso de reestructuración, aunque las claves de su conformación definitiva ya sean observables en lo grueso.

La centro-derecha

El nuevo contexto político radicalmente distinto al de hace cuatro años, sin duda, imprimirá otro cariz a los eventuales movimientos políticos que el proceso en curso pueda suscitar al interior del cuadro de la centro-derecha. El equilibrio relativo que se produce en el sistema de partidos —producto de una nueva correlación de fuerzas— supone un inevitable cambio en las relaciones entre los partidos, en la delimitación de los espacios políticos, en la política interna de cada uno de ellos —sensibilidades y corrientes— y hasta en sus recíprocas relaciones institucionales.

La distancia ideológica de los partidos es casi inexistente, pero ello, con sus matices y diferencias, tiende a posicionar a los partidos en un espacio y desarrollo diferentes. Sus desafíos, movimientos y tácticas, en consecuencia, serán distintos en grado e intensidad, otorgándole mayor complejidad y dinámica al cuadro político de la oposición.

La penetración electoral del candidato Frei hacia sectores de la centro-derecha genera un cuadro de evidente complicación estratégica para

el sector y sus partidos, especialmente en el despliegue táctico. Este será un espacio de alta competencia política. Con todo, este impacto se puede ver aminorado por la mayor capacidad experimentada por el pacto electoral al penetrar como un todo en esas bases electorales.

El posible y más probable desafío de la derecha —a raíz de los resultados electorales— será el proceso que opere en la transformación del pacto electoral circunstancial en una alianza política permanente. Este proceso obliga, en cierta forma, a los líderes del sector a un especial esfuerzo de unidad e institucionalización de los partidos y de la probable y naciente coalición. Los desafíos electorales de 1996 y 1997 serán, en esta perspectiva, puntos neurálgicos de su accionar político y, también, de evaluación.

Este proceso, sin embargo, probablemente será paralelo a algunos reordenamientos internos de los partidos, y los liderazgos que lentamente se posicionan configuran un cuadro clave en las determinaciones y línea política que los partidos desarrollarán en los escenarios políticos futuros.

La evolución política de RN —el partido más grande de la centro-derecha— aparece lenta y con alto grado de complejidad. La recreación de un clima político interno constituye uno de los ejes claves de su posicionamiento en el escenario político. Aquí, el perfil estratégico y táctico que sus liderazgos internos diseñen será también uno de los nudos centrales de su accionar político. La posible evolución política de RN tendrá que ser evaluada en la medida que su posición de partido mayoritario impulse y genere equilibrios y consensos que otorguen estabilidad a la coalición opositora y, por tanto, al sistema político en general.

El posicionamiento de la UDI —que experimentó un crecimiento electoral— podría significar, por otra parte, que adquiera un grado de protagonismo que, a la vez, tienda a acentuar su perfil político propio. Esto configura un cuadro de desarrollo complejo ya que implica el despliegue de una delicada maniobra política para la natural adecuación de su estructura interna en un escenario político marcado por actitudes distintas respecto de sus potenciales aliados y los partidos del espectro político. Ello tendrá, asimismo, que conciliarse con su aspiración a convertirse en un eje clave tanto en la estructura como en la generación de políticas al interior de una eventual futura coalición de derecha.

La UCC, a su vez, aparece como el principal perjudicado por el desplazamiento electoral de Frei hacia la centro-derecha y por el perfil político experimentado por RN y UDI hacia el centro político en un plano parlamentario. El resultado electoral confirma la tendencia descendiente que la UCC mostró el año 1992 respecto de la votación presidencial de Errázuriz en 1989. Sin embargo, desde un punto de vista cualitativo, la

senaduría de Errázuriz y en menor grado la obtención de un diputado parecieran otorgarle base suficiente para recuperarse en los próximos años. Ello estará sujeto a la capacidad para avanzar de la UCC en su estructuración orgánica del trabajo político. Su posible fusión con los últimos vestigios del Partido Nacional debería insertarse en esta línea política. Esta acción política se verá dificultada, en mayor o menor grado, por la ausencia de intermediarios eficientes desde un punto de vista electoral que podría afectarla gravemente en los escenarios electorales 1996 y 1997. Aquí, su inserción en una futura posible coalición de derecha podría acentuar la orientación de su accionar político y, a la vez, introducir elementos de necesaria diversidad y complejidad en el cuadro político opositor. □